

reinará, pero vitaliciamente, y despues de su muerte, sus hijos reinarán si los obispos, los diputados de la nacion y los nobles de la casa del rey se dignan disponerlo.» Cláusula peligrosa, inspirada por un amor celoso á la libertad y fecunda en disensiones.

Habiendo entonces preguntado el rey si las hijas de los reyes serian aptas para ocupar el trono, la asamblea deliberó algunas horas y resolvió así la cuestion:

«Las hijas del rey, como descendientes igualmente de él, serán aptas para llevar la corona. Se redactarán al efecto leyes especiales.» Estas fueron las siguientes:

«Si el rey no tiene hijos varones, y sí hijas, reinará la primogénita con tal de que case con un señor portugués. Este señor no tomará el título de rey sino cuando tenga un hijo varon de la reina su esposa. Al presentarse en público, irá á la izquierda de la reina, y nunca ceñirá la corona... Si la hija del rey contrae alianza con un señor extranjero, no será reconocida por reina. No queremos que nuestros pueblos obedezcan á un príncipe no portugués, ya que ellos, con su valor y á costa de su sangre, nos han hecho rey.»

Quedaba aun pendiente la gran cuestion de vasallaje á los reyes de Castilla, quienes se negaban obstinadamente á reconocer la independencia portuguesa, bien que ellos mismos hubiesen observado antes igual conducta con respecto al reino de Leon, del cual dependian como condes. Alfonso habia creído zanjar la cuestion poniéndose inmediatamente bajo la soberanía nominal de la Santa Sede, la cual sancionó sin vacilar su nuevo título; pero las cortes de Lamego no se mostraron tan reservadas. Cuando les fué sometida esta gran cuestion, todos los diputados se levantaron espontáneamente, y espada en mano, declararon que eran libres, que su rey lo era tanto como ellos, y que un príncipe que consintiese en declararse vasallo seria indigno de reinar sobre ellos. Alfonso, como es de creer, no se opuso á semejante entusiasmo, y para consagrar mejor su emancipacion, apresuróse á prestar homenaje de su reino á la abadía del Cister y á la Virgen. Así se rompieron todos los lazos que unian á Castilla con Portugal.

Hubo mas, y ambas coronas se hicieron enemigas. No puede negarse que al menos bajo este concepto ha sido funesta la erec-

cion del condado de Portugal en reino. España estaba ya muy dividida en estados y provincias, y el antagonismo de Portugal y de Castilla fué un nuevo y poderoso obstáculo á la unidad, es decir, al engrandecimiento y civilizacion de aquel hermoso país.

Hechas aquellas leyes políticas, las córtes de Lamego se ocuparon en la formacion de leyes penales que nos instruyen perfectamente de las costumbres portuguesas cuando la ereccion de este reino. Las mas curiosas conciernen á la religion. Todo noble que se pasa al Moro, abjura, ó blasfema, es degradado. Cualquiera, por el contrario, que entre en los infieles conserva la fe cristiana, ennoblece á sus hijos. Y en efecto, ¡cuán necesario se hacia sostener y recompensar el ardor religioso de la nacion! De ello dependia todo su porvenir; el cristianismo era la patria. Los soldados de Ourique, compusieron una clase especial; se les designó con el nombre de *súbditos por excelencia*, y gozaron de todos los privilegios anexos á la nobleza.

CAPÍTULO V.

Prosperidad de Portugal desde la batalla de Ourique hasta el advenimiento de Dionisio (1143—1279).

ALFONSO 1.º EMPRENDE DE NUEVO LA CRUZADA; TOMA DE LISBOA (1147).—VARIAS CONQUISTAS AL SUR; LOS ALMOHADES SON RECHAZADOS.—DESASTRES AL ESTE; MUERTE DE ALFONSO (1185).—FAUSTO REINADO DE D. SANCHO (1185-1211).—GLORIOSO REINADO DE ALFONSO II (1211-1223); SU RESISTENCIA AL CLERO; PARTE QUE TOMA EN LA VICTORIA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.—VERGONZOSO REINADO DE SANCHO II (1223-1246); SU CAIDA.—REINADO DE ALFONSO III (1246-1279); REFORMAS Y CONQUISTAS; LOS ALGARBES.

Cruzada de Alfonso I; toma de Lisboa (1147).

Coronado Alfonso Enriquez por la victoria de Ourique, la primera necesidad del nuevo reino era la adquisicion de un territorio digno de tal título. Los africanos, aunque con menos poder, que antes, poseian aun, además del Sur entero, las plazas mas importantes de la Extremadura portuguesa, Santarem, Cintra, Lis-

boa, y era indispensable arrebatarlas. Alfonso pues se dió prisa á tomar de nuevo las armas. Desde el castillo de Guimaraens, residencia de su padre, se habia trasladado á Coimbra, á fin de dar una capital á sus nuevos Estados, y de hallarse mas cerca de la frontera musulmana. En el momento de partir, el santo rey, que queria hacerse el cielo propicio, hizo voto de dar á la órden del Cister todas las tierras que por la parte del mar abarcaban sus miradas.

Brillantes triunfos justificaron sus empresas y la confianza de los portugueses. Vencedor de los infieles, viósele entrar en Santarem, en Cintra, en Lisboa, la mas importante y rica de las ciudades árabes al oeste de España. En la conquista de esta plaza se vió favorecido por un auxilio inesperado: aunque muy acosada por tierra, Lisboa se mantenía firme, gracias al Océano, que estaba libre, cuando entraron en el Tajo doscientas naves cristianas mandadas por el flamenco Aerschot. Era una escuadra de cruzados lorenos que habian preferido ir á Jerusalem por mar. Alfonso no les suplicó en vano, y pronto fué dueño de Lisboa (1147). Defendíase todavía la ciudadela en la que se habian atrincherado los moros, pero acabó tambien por sucumbir gracias al sacrificio de Martin Moniz, el cual se hizo aplastar entre la pared y la puerta, á fin de facilitar la entrada á sus compañeros. En aquel mismo año, Luis VII y Conrado III partian para la segunda cruzada; Cristo y Mahoma lidiaban por do quiera, y el entusiasmo religioso era el patriotismo de aquellos siglos caballerescos. Alfonso no fué ingrato con sus útiles aliados, y algunos de ellos no fueron á Jerusalem para quedarse á su lado. Alma fué fundada por los alemanes, y Alcambaja por los franceses. Alfonso cumplió su voto, y á los cinco meses de la toma de Lisboa, puso él mismo la primera piedra del célebre monasterio de Alcobaza (1).

No sin razon mostrábase Alfonso muy contento con la toma de Lisboa. A mas de la importancia marítima de que desde hacia tiempo gozaba aquella hermosa ciudad, le aseguraba el curso del

(1) Este monumento, uno de los mas famosos de Portugal, está situado á diez y ocho leguas al norte de Lisboa, y es notabilísimo por su grandiosidad; púsose la primera piedra en 2 de febrero de 1148 y fué terminado en 1222. En el día solo quedan de él ruinas.

Tajo, y apoyándose detrás del rio en las cordilleras de Estrella, Cintra y Zerere, encontrábase muy bien colocado así para el ataque como para la defensa.

Varias conquistas al sur; los Almoades son rechazados.

Mientras Alfonso dirigia por sí mismo tan grandes operaciones, capitanes dignos de él extendian mas léjos aun la dominacion portuguesa. La conquista de Evora, por Giraldo Giraldez, el caballero sin miedo, fué su adquisicion mas importante, pues la ocupacion de aquella plaza, seguida pronto de la de Palmella, de Almada, de Sezimbre, de Alcaccer, etc., dando á los cristianos excelentes posiciones, les presagiaba la próxima sumision de todo el país que se extiende hasta el mar. El creciente poder de Portugal brilló con mas gloria aun en la expedicion que D. Fuas Roupinho dirigió poco despues contra Ceuta; en ella pereció D. Fuas, y sus amigos desalentados abandonaron su empresa: pero con ella dió Portugal pruebas de fuerza en el exterior, y sus buques se lanzaron á los mares. La cruzada portuguesa ya no se limitaba á defender, sino que atacaba.

Alfonso, á pesar de su ardiente zelo, trató siempre con suma dulzura á los moros vencidos, y los árabes sin embargo de su fanatismo trataron antes de igual modo á los cristianos. Moderacion imprescindible, en cuanto los dos pueblos estaban muy mezclados uno con otro para imponerles una sola fe, y sus relaciones seculares habian calmado un tanto su odio primitivo.

Mientras los portugueses clavaban el estandarte de la cruz en los muros de tantas ciudades musulmanas, efectuábase en el sur de España en el norte de Africa la súbita revolucion, que cambió la dominacion de los ya degenerados Almoravides con la de los Almohades. Dueños estos del Maghreb, pretendieron tambien la España; sometida la Andalucía, entraron en Portugal, donde los Algarbes se habian declarado ya por ellos en 1144. Los caballeros de Alfonso se mostraron dignos de aquel nuevo enemigo, y Bernardo Froias, que les mandaba, justificó en esta lucha su renombre de Cid portugués. Empero, los Almohades, cuya marcha detuvo, impidieron que Alfonso diera cima á la conquista de Portugal (1171).

Desastres al este; muerte de Alfonso (1185).

No conjurados aun los peligros de aquella formidable invasion, distrájose Alfonso en una contienda con el rey D. Fernando de Leon, al cual habia dado poco antes la mano de su hija (1178). Tratábase de algunas tierras en Galicia y Extremadura, cuya posesion reclamaban ambos principes, y la guerra que de aquí surgió fué larga, sangrienta y fatal para Alfonso. Batido por su rival, tuvo el dolor de caer en sus manos al escaparse de Badajoz. ¿Qué habria sido de Portugal, si Fernando no hubiese rehusado noblemente todo rescate, no exigiendo por prenda de la paz en que queria vivir con su suegro, mas que la restitucion de los dominios en cuestion? Alfonso, que contaba entonces mas de setenta años, volvió á sus Estados con la doble amargura de haber emprendido una guerra vituperable, y de haber sido vencido por su yerno en moderacion lo mismo que en el campo de batalla.

Yusef, rey de los Almohades, habia aprovechado el tiempo que le daban las disensiones de los cristianos, y dueño absoluto del Africa septentrional y de la Andalucía, habia fijado su residencia en Sevilla, á la que hacia ya rivalizar con Córdoba. En 1184 resolvió de pronto acabar la conquista de la península, y lanzándose contra Portugal con un inmenso ejército, puso sitio á Santarem. Todo estaba perdido, si la toma de aquella ciudad dejaba libre á los moros el paso del Tajo, así es que los portugueses hicieron los últimos esfuerzos para salvarla, y el mismo hijo del rey, D. Sancho, entró en ella para entusiasmar á sus defensores. Sin embargo todo fué inútil, y fué preciso que el rey, temblando por su reino y por su hijo, corriese él mismo en auxilio de Santarem. Sus huestes lograron libertarla, y la muerte imprevista de Yusef le procuró la alegría de ver una vez mas á los infieles retirándose ante sus banderas. Esta última campaña habia gastado sus fuerzas, y Alfonso expiró el año siguiente en Coimbra, á la edad de setenta y seis años (1185). *Murió de pie*, dice la crónica, y fué sepultado en el monasterio de Santa Cruz, del cual era protector. El hermoso monumento en que hoy reposa, es obra de Juan III.

Al gran reinado de Alfonso pertenece tambien la creacion de varias órdenes religiosas, compuestas de monges guerreros, milicia siempre dispuesta para la guerra santa, única tropa permanente de aquellos tiempos feudales. Las dos mas célebres son la de San Miguel ó del Ala que, instituida en honor de la conquista de Santarem, no subsistió mucho tiempo, y la de Avis. Los individuos de esta última, sometidos á la regla austera de San Benito, tuvieron por primer gran maestre al hermano del rey D. Pedro (1147). Llamada al principio *orden nueva*, y luego *de Evora*, despues de la toma de esta ciudad, recibió mas tarde el título de orden de Avis, y dependia de la castellana de Calatrava. Al organizar aquel noble ejército de la fe, puede decirse que Alfonso preparaba los venideros triunfos. ¿Cómo estrañar, despues de esto, que el papa Alejandro III le sostuviese contra las pretensiones de Castilla, y que su pueblo le llamase el *Rey Santo*? Su memoria merece la veneracion nacional.

Fausto reinado de D. Sancho (1185-1211).

El infante D. Sancho era digno hijo de su padre Alfonso Enriquez. Cuando los almohades, envaletonados por la muerte del rey Santo, trataban de reparar sus pérdidas, no se contentó con cerrarles sus fronteras sino que auxiliado por un numeroso cuerpo de cruzados frisonos y daneses que la tempestad habia arrojado á sus costas, invadió las tierras de los moros y llevó al fondo de los Algarbes (1), á los límites de la península, la guerra con que osaron amenazarles (1189). Sin embargo no conservó por mucho tiempo el título de rey de los Algarbes que se apresuró á tomar. Ben Yusef reconquistó aquellos dominios, entró en Sylves, y dejóle solamente las provincias que de su predecesor heredara.

Bien que hábil guerrero, D. Sancho preferia consagrarse á la administracion, y con este objeto empleó la mayor parte de su vida en recorrerlo y visitarlo todo por sí mismo. Sus buenos deseos no fueron estériles, pues si por una parte se mostró pródigo de dominios y de privilegios para con el clero y las órdenes militares, logró por otra desarrollar los numerosos gérmenes de

(1) Palabra árabe que significa país del Oeste.

prosperidad que poseía su hermoso reino: la agricultura sobre todo llegó á un estado de prosperidad envidiable. El título mas glorioso de D. Sancho es la fundacion de un gran número de ciudades y aldeas, igualmente útiles para la defensa y explotacion del territorio. Los portugueses le han premiado con el dictado de Povoador, el Fundador.

Durante el reinado de D. Sancho, los Almohades, mandados por Yacub ben Yusef, destrozaron á un ejército castellano en las llanuras de Alarzon (1195), y poco faltó para que tan grande derrota restableciese en España la preeminencia de Mahoma. En efecto, los reyes de Aragon, de Castilla, de Leon y de Navarra solicitaron una paz humillante, y ocupado D. Sancho en sus pacíficas reformas, deploró sin duda la desgracia de los cristianos: pero no le alcanzó.

Glorioso reinado de Alfonso II (1214-1223); su resistencia al clero; parte que toma en la victoria de las Navas de Tolosa.

Apesar de las cuestiones que el testamento de Sancho I.^o promovió entre Alfonso II y sus hermanos, cuestiones sangrientas en que el rey de Leon y el papa tomaron partido contra el rey, puede decirse que el reinado de Alfonso comenzó bajo felices auspicios, pues no bien ascendió al trono, cuando convocó solemnemente las cortes nacionales. El tercer estado, en el cual se apoyaba contra las órdenes privilegiadas, figuró en el congreso con un poder inusitado, y el reino recogió de ello grandes frutos.

Entre las veinte y cinco leyes cuya promulgacion votaron las cortes, basta citar la que ordena á los jueces conformarse con las leyes escritas; la que condena á una multa á cualquiera que entable un proceso injusto; la que somete á un plazo de veinte dias las ejecuciones capitales, «porque la justicia puede esperar, y la injusticia es irreparable;» y principalmente la que permite á los legos apelar de la jurisdiccion eclesiástica á la secular. Esta última ley, á pesar de su justicia, contrastaba mucho con las ideas de la época y con la condescendencia habitual de los reyes precedentes, para no excitar calurosas reclamaciones. Desde entonces el clero no cesó de levantarse contra Alfonso I, y el arzobispo de Braga fué el jefe de esta resistencia. Afonso, que se escudaba

en el derecho y en la nacion, no se dejó amedrentar y prefirió morir excomulgado á renegar nunca de las buenas reformas que planteara de acuerdo con la asamblea nacional.

Por el contrario, no podemos aprobar la ley que fijaba el precio de los artículos de primera necesidad. Las leyes de máximum no son menos injustas que funestas, y el Estado no debe intervenir en las cuestiones de subsistencias. Pero como al rey Alfonso II le era permitido ignorar los elementos de la economía política, hay que elogiar el sentimiento que le extraviaba.

El año siguiente, 1212, fué glorioso y fecundo. Jamás se habia visto España expuesta á tan gran riesgo. El hijo del vencedor de Alarzon, Mahometo, se adelantaba con un formidable ejército contra el rey Alfonso IX de Castilla, y de sucumbir este príncipe, el cristianismo iba sin duda á perecer con él en la Península. A la aproximacion de tan eminente peligro, todos los príncipes españoles aunaron sus fuerzas; Francia armó á sus mas bravos caballeros, y el poderoso Inocencio III llamó á toda la cristiandad á la cruzada. El encuentro se verificó en las Navas de Tolosa, y terminó con el completo triunfo de los cristianos. Mahometo, avergonzado del sangriento desastre sufrido por sus innumerables huestes, fué á esconderse en Marruecos, mientras que los vencedores se dividian sus despojos, pudiendo entreverse desde entonces la época en que los musulmanes todos abandonarían como él el suelo europeo. Alfonso II tomó gran parte en los peligros y en la gloria de aquella famosa jornada.

En las Navas, Alfonso acababa de combatir por toda la cristiandad, y no menos afortunado cuando lidiaba por su propia causa, se apoderó de Alcazar da Sol, venció repetidas veces á los moros y rechazó la invasion con que los reyes de Jaen, Sevilla y Badajoz amagaban sus fronteras. Desgraciadamente no pudo continuar su carrera de triunfos, á causa de la obesidad precoz que le hizo impropio para la guerra, y de las molestas reclamaciones del clero contra los impuestos que necesitaba la continuacion de la cruzada. Alfonso creyó librarse de ellas expulsando al mas intratable campeón de los privilegios eclesiásticos, al arzobispo de Braga, quien se habia atrevido á excomulgar á los recaudadores del nuevo impuesto, y contaba además con el apoyo del pueblo, no menos interesado que el monarca en la aboli-

cion de las inmunidades. Pero habia olvidado con qué clase de enemigos tenia que habérselas, y en qué siglo reinaba: el papa hizo causa comun con el arzobispo, puso el reino en entredicho, amotinó al pueblo, excomulgó á Alfonso (1220), y como este no se mostrase muy dócil, le dejó morir tres años despues bajo el anatema que contra él fulminara. En aquel tiempo todos los príncipes de Europa estaban en disensiones con la Iglesia, y la Iglesia triunfaba de todos.

Vergonzoso reinado de Sancho II (1223-1245); su caída.

Las cuestiones religiosas que habian turbado los últimos años de Alfonso, degeneraron en verdadera anarquía en el reinado de su sucesor Sancho II Capello (capilla), apesar, ó mejor, á causa de las imprudentes concesiones que en un principio hizo al clero. Con todo, mientras no tuvo otros enemigos que los privilegiados, pudo aun abrigar esperanzas de sostenerse; pero desde el dia en que la bella doña Mencía, su esposa, y los indignos favoritos que con ella gobernaban, le hubieron enagenado tambien el amor de su pueblo, ora admitiendo á los judíos en los cargos públicos, ora imponiendo contribuciones ruinosas, ora siguiendo una conducta lúbrica, perdió su último apoyo y se hizo inevitable una revolucion. Esta no tardó en estallar, y mientras los prelados y los nobles sublevan sus provincias, el populacho de Coímbra y de las ciudades vecinas invade el palacio, arranca de allí á Doña Mencía, y la envia á morir en España. La nacion se lisonjeaba de que el rey, sacudida su funesta influencia, gobernaria segun los deseos populares

Vana esperanza! Sancho II olvidó que su primer deber y su primer interés era adherir al pueblo al poder real; no hizo caso de la cruel leccion que habia recibido, y justificó tanto las antiguas quejas, que ya se trató nada menos que de deponerle y reemplazarle con su hermano Alfonso. El Sumo Pontífice, á quien se dirigieron los prelados por incumbir entonces solo á él la disposicion de las coronas, se apresuró á excomulgar á Sancho II y á fulminar el entredicho contra Portugal, sentencia á la sazón terrible en todas partes, y mucho mas en una nacion tan adicta á la Santa Sede. Todos los portugueses se rebelaron por devocion.

Por fin, el papa Inocencio IV, que desde el fondo del destierro luchaba tan audazmente contra el poderoso Federico II, no se contentó con herir á los pueblos para castigar al príncipe, y pronunció la deposicion de Sancho, trasfiriendo su corona á D. Alfonso, en cambio de ciertas condiciones que este ambicioso joven no se cuidó de rechazar. Sancho, trató de resistir, pero solo logró ser vencido y excomulgado á un tiempo; resignóse, pues, y retiróse á Toledo, donde murió poco despues: solo á este precio obtuvo la absolucion.

Reinado de Alfonso III (1246—1279); reformas y conquistas; los Algarbes.

El afortunado hermano de D. Sancho estaba en Francia cuando el Papa le llamó á reinar. Al instante tomó el título de regente, y corrió á encargarse del mando de los sublevados; pero Sancho II no se atrevió á aguardarle, y Alfonso, favorecido por el voto casi unánime de la nacion, aseguró fácilmente el triunfo de su usurpacion. Solo dos caballeros se obstinaron en defender á su soberano: D. Martin de Freitas, gobernador de la ciudadela de Coímbra, y Fernando Pacheco, que gobernaba en una parte del país de Beira, quienes, para someterse á Alfonso aguardaron á que la muerte de Sancho les relevase de su juramento. Su fidelidad fué celebrada por Camoens, y apreciada por el mismo Alfonso, el cual mantuvo á D. Martin en el mando de que tan digno se habia mostrado. Alfonso castigó á los malos consejeros de su hermano, de suerte que con semejante mezcla de dulzura y de severidad, se hizo amar de los que estaban mal avenidos con él, y Portugal recuperó la fuerza al mismo tiempo que el reposo.

No bien se vió seguro en su trono, Alfonso pensó en contiuar la cruzada, la cual era, no solo una necesidad para Portugal. desprovisto de fronteras naturales, sí que tambien un excelente medio para adquirir fama y dar ocupacion á una nobleza turbulenta. Alfonso dirigió sus armas contra las provincias del Sur, contra el reino de los Algarbes, comprendiendo que á menos de apoyarse en el mar, Portugal no podia estar tranquilo, y que no debia descansar hasta llegar allí. La guerra empezó en 1249. Mandados por el mismo Alfonso, los portugueses tenian además por

gefe al valiente Perez Correa, que hacia tiempo que combatia en el país: una fuerte escuadra debia seguir los movimientos del ejército, y cerrar el paso á los auxilios de España ó de Africa.

Los triunfos de los cristianos eran tanto mas rápidos en cuanto los moros habian perdido su antiguo valor. La ciudad de Faro dió el primer ejemplo de sumision, y cuando las demás plazas vieron las condiciones con que aquella se habia rendido, no vacilaron en imitarla, de forma que Aracena, Alconcher, Serpa, etc., se entregaron sucesivamente. Tavira fué la última en sucumbir, y Perez Correa, que logró reducirla, fué mas tarde sepultado en su mas hermosa mezquita, convertida por él en templo cristiano. Alfonso añadió entonces á sus títulos el de rey de los Algarbes, y en memoria de tan importante adquisicion rodeó el escudo de Enriquez con siete torres de plata, figurando las siete principales fortalezas del país conquistado.

La cruzada, pues, habia terminado; Portugal habia por fin llegado á sus límites; pero Alfonso en vez de deponer las armas, dirigiólas hácia el sudeste, pasó el Guadiana, apoderóse de Ayamonte, y avanzó vencedor hasta Niebla, en la provincia de Sevilla. La parte mas hermosa de Andalucía iba sin duda á ser portuguesa, cuando el rey moro de Niebla invocó el auxilio del rey Alfonso X de Castilla. Los triunfos de los portugueses quedaron al puerto suspendidos, é incapaz de luchar contra Castilla, Alfonso III consintió en evacuar Ayamonte, en no conservar mas que la mitad de los Algarbes, y aun á título de vasallo, con obligacion de dar circuenta lanzas á Castilla. Sin embargo, esta señal de vasallage desapareció al repudiar Alfonso á Matilde de Boloña para casar con Doña Beatriz de Guzman, hija natural del rey de Castilla.

Entre estas guerras y negociaciones, Alfonso III no dejaba de reunir con frecuencia las cortes nacionales, y de excitarlas á la reforma del reino. Aleccionado por los infortunios de su hermano, su política constante fué apoyarse en la nacion, se complacia en oirse llamar el *Rey de los pobres*, en justificar cada dia tan hermoso título, y en obrar tan justamente como su contemporáneo San Luis. Tal vez Alfonso, que tuvo ocasion de verle en Francia, le habia elegido por modelo. ¿Quién ignora cuan fecunda fué en resultados la alianza de los reyes y del pueblo francés? Así al-

canzaron la ruina del feudalismo con igual ventaja para ambos aliados.

Fuese ó no la consecuencia de un sistema, la conducta de Alonso con los municipios obtuvo un éxito completo, pues el pueblo, justamente agradecido, le admiró, le amó, y este amor era el mas poderoso auxiliar que podia el monarca apeteer contra los enemigos de su trono. Solo á la sombra de esta popularidad pudo reprimir impunemente las turbulencias de los ricos-hombres, y humillar á las órdenes militares, cuyo poder, cada dia mayor, ya por las concesiones de los príncipes, ya por las donaciones de los particulares, era mucho mas temible para los reyes que para los moros: despojolas de varias ciudades que reunió á los dominios de la corona, y las cortes de Santarem, convocadas en 1263, confirmaron con júbilo los bienhechores progresos de la casa real portuguesa.

Alfonso III fué menos feliz con el clero, pues aun no habia llegado el momento de poner á la Iglesia en una situacion mas compatible con la buena administracion del país, especialmente en un reino donde la devocion era de continuo exaltada por la cruzada. No bien trató de poner la mano en los inmensos dominios de que los obispos y las órdenes religiosas disfrutaban do quiera sin cumplir ninguno de sus deberes feudales, coaligáronse todos contra él, invocaron la religion ultrajada, agitaron la nacion, y acudieron al tribunal de Roma. El arzobispo de Braga no esperó la decision del Papa, y puso en entredicho todo el reino. Entonces la Iglesia solia anatematizar á un pueblo entero para herir á los príncipes, medida, que, levantando al punto contra estos la opinion pública, les hacia casi imposible la desobediencia.

Los desórdenes religiosos que agitaron á Portugal antes del advenimiento de Alfonso, amenazaban reproducirse, en cuanto este príncipe no adolecia de debilidad; sin embargo, el legado del Papa, mas moderado que el arzobispo de Braga, levantó el entredicho en cambio de algunas concesiones, apaciguó la nacion, y Urbano IV prometió legitimar el enlace del rey con Beatriz de Guzman. Con todo, pronto se renovaron las disensiones momentáneamente calmadas por la autoridad pontificia: Alfonso, ya mas cargado de años, ó menos sostenido esta vez por la opinion pública, no se atrevió á despreciar el entredicho, y mandó restituir al cle-

ro las tierras de que le despojara, proclamando al Papa *señor de su cuerpo y de su alma*, á fin de cimentar mejor su reconciliación con la Iglesia. El clero triunfaba, lo cual era casi inevitable en Portugal; pero no será por demás decir que Alfonso estaba mortalmente enfermo cuando se humilló ante la Iglesia, falleciendo poco despues (16 de febrero de 1279), á la edad de sesenta y nueve años. Portugal perdió en él á uno de sus mas grandes monarcas.

CAPÍTULO VI.

Prosperidad y decadencia de Portugal desde 1279 á 1383.

PRETENSIONES DEL INFANTE ALFONSO; ENLACE DEL REY DIONISIO.—PROSPERIDAD DE PORTUGAL BAJO LA ADMINISTRACION DE DIONISIO.—CORTA GUERRA; CONDUCTA DE DIONISIO CON LOS TEMPLARIOS (1314).—REBELIONES DE DON ALFONSO.—ALFONSO IV (1325-1356); CAMBIO EN SU CONDUCTA.—VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES Y LOS PORTUGUESES CONTRA LOS MOROS CERCA DEL RIO SALADO (1340).—AVENTURA DE INES DE CASTRO; MUERTE DE ALFONSO IV.—DON PEDRO (1356-1367); SUS VERGONZANZAS.—ZELO DE DON PEDRO POR LA JUSTICIA; SU SEVERIDAD; SUS EXTRAVAGANCIAS; SUS FRÍVOLOS PLACERES.—DON PEDRO SE NIEGA Á INTERVENIR EN CASTILLA.—REINADO DE DON FERNANDO; DECADENCIA (1367-1383); INTERVENCION DESGRACIADA EN CASTILLA (1368).—VERGONZOSO GOBIERNO DE LEONOR TELLEZ.

Pretensiones del infante Alfonso; enlace del rey Dionisio.

Aunque apenas contaba diez y siete años, Dionisio era ya digno del trono, así por las grandes prendas que debía á la naturaleza, como por la brillante educacion que recibió del francés Aymeric de Ebrard: su nacimiento habia sido algo anterior á la legitimacion oficial del segundo matrimonio de Alfonso III, y su hermano el infante D. Alfonso aprovechó esta circunstancia para reclamar la corona. En vano su padre comun habia tenido el cuidado de designar á Dionisio como á heredero suyo; en vano la corte de Roma le habia reconocido solemnemente, en vista de la peticion espresa de las cortes nacionales: el infante D. Alfonso persistió en sus pretensiones, y como siempre, tuvo partidarios

para sostenerlas, entre los cuales figuraba la misma Doña Beatriz, y por consiguiente Alfonso X de Castilla. Doña Beatriz se irritaba al ver que el jóven Dionisio no queria tolerar ninguna dominacion, ni aun la suya, repitiendo á menudo que un hombre, luego que ha pasado de la edad de quince años, no debe dejarse guiar por los consejos de una muger.

Como quiera, el jóven rey frustró fácilmente aquella conspiracion, y mientras el infante D. Alfonso, despojado de las plazas que poseia en concepto de dotacion, solicitaba gracia, doña Beatriz hubo de refugiarse cerca de Alfonso X. Este último príncipe se hallaba entonces en tales apuros, que de todos sus Estados solo le quedaba la ciudad de Sevilla; así es que nada pudo hacer por la causa que tan vivamente habia abrazado. Beatriz falleció poco despues en Sevilla, abrumada por las desgracias que su padre sufría por parte de sus demás hijos, y por las que ella misma se acarrearía con su mal aconsejada conducta política.

En tanto Dionisio se habia casado con la infanta Isabel, hija del rey de Aragon D. Pedro III (1282), sin hacer caso de la palabra formal que diera al emperador griego Miguel Paleólogo. Isabel, justamente canonizada por la Iglesia con el nombre de Elisabeth, fué el ángel bueno del rey Dionisio. Luego que estuvo unida con él logró reconciliarle con su hermano, y desde entonces no cesó de intervenir en todo desacuerdo para zanjarlo, y en todo sinsabor para mitigarlo. Las crónicas portuguesas del siglo XIII abundan en trozos admirables sobre los felices efectos de su virtud. Dionisio tuvo la desgracia de no conocerla bastante, y llegó al extremo de acusarla; pero tales sospechas solo sirvieron para hacer resaltar mas su inocencia, siendo tal el encanto de su angelical bondad, que sedujo á la misma doña Beatriz; esta medió entre Castilla y Portugal, y á los pocos años, un doble matrimonio puso el sello á la reconciliacion de ambos reinos.

Prosperidad de Portugal bajo la administracion de Dionisio.

Dionisio habia pues vencido á su hermano y aplacado á Castilla, pero fué menos afortunado con el clero portugués, cuya incurable turbulencia habia agitado tan violentamente los tres reinados precedentes. Obligado por las peligrosas promesas que le habia hecho, para atraerle á su causa contra la ambicion